

La Habana, verano del 90

EN EL VERANO DEL 90 PARECIÓ PONERSE DE MODA BUSCAR refugio en las embajadas de La Habana, algo menos arriesgado que echarse al océano en una balsa. Todo empezó con la de Checoslovaquia, situada en el reparto Kolly. Me encontraba por entonces de tratamiento médico en Madrid, que, por lo que se leerá, tuve que interrumpir bruscamente para volver a La Habana. Desde la Redacción del diario *El País* Jesús Aznarez me avisó de lo que estaba ocurriendo, poniéndome al corriente sobre la dudosa personalidad de algunos de los refugiados, a medias disidentes y servidores de la Seguridad del Estado, junto a otros cínicos y desaprensivos. Los conocía muy bien después de varios años como corresponsal de la Agencia EFE en Cuba, y era totalmente capaz de calibrar de qué manera en ese país, como con las razas, nunca se puede hablar de blanco o negro, de bueno o malo, disidente o colaborador, con infinidad de tonalidades intermedias, como en el color de los cubanos y, por supuesto, en sus actuaciones políticas.

No debía de saberlo el Encargado de Negocios de Checoslovaquia, persona corpulenta y de elevada estatura, cuyo nombre he olvidado. Con pocas luces y quizás con la ambición de liberar Cuba por iniciativa propia en un momento de ruina en las relaciones bilaterales, no supo a quien permitía entrar en casa, dejó a los huéspedes cubanos a solas con un teléfono, lo que nunca es recomendable, les alentó en sus reivindicaciones, les dió cerveza y comida en abundancia, como para que no quisieran nunca marcharse y atrayesen a los compinches de la Seguridad del Estado para compartir la invitación, etc. Al final le destrozaron la casa, incluso desmenuzaron sus cortinas con tijeras y le dejaron en espantoso ridículo ante todo el mundo, especialmente entre los colegas, señalando de este modo la clamorosa ruptura en las magníficas relaciones que siempre tuvieron dos países fraternos bajo el paraguas del socialismo real y del CAME. Un ejemplo de tales relaciones era la

Ignacio Rupérez

soberbia Casa de la Cultura de Checoslovaquia en la Rampa, donde incluso podía adquirirse a precios irrisorios cristal de Bohemia, y otro el mismo derecho a codearse con la nomenclatura cubana en el bellissimo y muy exclusivo Reparto Kolly.

Lo grotesco del incidente no impidió que se repitiera en otros recintos, desde luego con menos torpeza mostrada por parte de los forzados anfitriones. La Embajada de España vino inmediatamente después, con una avalancha humana de naturaleza imprecisa y contradictoria que configuró un total de 18 huéspedes durante casi dos meses. Entre el 11 de julio y el 4 de septiembre, efectivamente, el maravilloso Palacio de los Gordon Velasco fue ocupado por 18 personas, comprendiendo entre ellas a una niña que apenas sabía andar aún. El 11 de julio entró un refugiado, dos el 13 de julio, uno el 18 de julio, nueve en la noche del 20 de julio, cinco el 21 de julio. Las salidas se produjeron de manera también sucesiva a partir del 21 de agosto con una persona, el 22 de agosto con dos, el 27 de agosto con otros dos, cuatro el primero de septiembre y, por último, con cinco personas el 4 de septiembre. Unas siete semanas duraría la experiencia, sonoro incidente entre España y Cuba que, sin embargo, creo que por fortuna careció de consecuencias duraderas y que ambas partes se encargarían de minimizar. Como si no quisieran recordar ese verano.

Una vez que los últimos refugiados hubieron abandonado la Embajada de España, incluso antes, otros cubanos penetraron en las de Bélgica, Italia y Canadá. No obstante fue nuestra representación diplomática la que tuvo que manejarse ante la penetración más duradera y más numerosa. La crisis del socialismo en la Europa del Este y el brusco deterioro político y comercial en las relaciones de Cuba con la Unión Soviética, parecían asegurar un porvenir muy sombrío para un país fuertemente subvencionado, con un régimen que sería de los pocos en seguir cultivando un marcado interés por el comunismo como arqueología política. Se dispararon ilusiones, prisas y exageraciones, por supuesto alentadas también desde Miami, en que al menos se olvidaba la gran capacidad del Régimen cubano en defenderse por todos los medios a su alcance. Pero todo parecía fácil y rápido en la Cuba del verano del 90, privada con brusquedad del petróleo y demás ayuda de los soviéticos, forzada a transitar por el llamado «periodo especial», para el que se preveía incluso la desaparición total de las importaciones.

Desde hacia algunos meses ya se respiraba el aroma que parecía como de los últimos días y el sálvese el que pueda, en un universo político en que se podía limitar la libertad pero no los flujos informativos, a veces bastante mefíticos, que llegaban de Miami. Esa mezcla de falta de información y de mala información resultaba fatal en Cuba. A finales de 1989 asistí todavía a un solemne acto en honor de la República Democrática Alemana en el salón del Ministerio de las Fuerzas Armadas de la Plaza de la Revolución. Este tipo de celebraciones se reservaba para los países fraternos, y normalmente contaba con la intervención del embajador correspondiente. El de este país era el único que quedaba del club de la Europa Oriental alabando aún un sistema que hacía aguas por todas partes. Defendió, a esas alturas, la persistencia del

Muro de Berlín como modo de proteger el país de la agresión de Occidente, una obra maestra en la ingeniería de la represión que pocas semanas después se vendría abajo. Al tiempo de esta magna celebración, tan anacrónica, ya se conocían en La Habana los movimientos de población en busca de la libertad, a través de Austria y Hungría, terreno de paso y de refugio para las masas de alemanes orientales.

LAS BARBAS DE CEAUSESCU

Entre extranjeros y cubanos circuló con profusión el video con la ejecución de Ceasescu y su esposa. Tanto sobresalto constituía la comidilla en cualquier reunión, y seguramente el motivo de tantas muchas caras sombrías perceptibles entre las autoridades. Lo que estaba ocurriendo se magnificaba a conciencia en Radio Martí y otras emisoras de Miami, de escucha obligada para la mayoría de los cubanos, con el consejo al Comandante de que pusiera sus barbas a remojar, porque las de sus amigos estaban ardiendo. Con este bagaje, preguntándonos todos qué significaría para Cuba tanto desastre, acudí a la última recepción de la Embajada de la República Democrática Alemana, antes de su cierre, y a la primera que ofreció la única Embajada ya de la única Alemania. En aquella pude saludar y hablar brevemente, por última vez, con el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez, persona de una calidad que no abundaba entre los dirigentes del Régimen. Por los malos recuerdos de la división del país y de los amigos íntimos de Cuba, el embajador alemán me dijo que su país había congelado todas las relaciones, con excepción de la ayuda humanitaria. Pero que ésta se canalizaría no a través del Estado sino de la Conferencia Episcopal Alemana, y de sus organizaciones «Adveniat» y «Misereor».

La perplejidad y la incertidumbre de los diplomáticos, siempre estuvo aderezada con buenas cantidades de paciencia e incredulidad, porque sólo los fanáticos olvidaban que se trataba Cuba de un caso bastante diferente de los de la Alemania Democrática, Checoslovaquia y Hungría y demás países socialistas europeos. La Revolución Cubana dispone de suficientes títulos para asegurar que se trata de un fenómeno nacional, de una reacción en principio legítima y por completo explicable provocada por el imperialismo de los Estados Unidos y la corrupción de tiempos anteriores, avalada en sus primeros días por la mayoría de la población, y sin deudas contraídas al triunfar, con el Ejército Soviético o el PCUS. Las Fuerzas Armadas y de la Seguridad del Estado, las redes mixtas compuestas por estos elementos, los cuadros del Partido y las organizaciones de masas, establecidas por todo el país, en definitiva han posibilitado que, contra todo pronóstico, la Revolución haya sido capaz de mantenerse, pese a la desaparición de la Europa Socialista y la quiebra y desintegración de la Unión Soviética.

Todo ello, y el deseo de marcar diferencias con los fenómenos de la Europa del Este, explicarían que el Régimen respondiera con dureza y rapidez en la crisis del verano del 90. En realidad este tipo de incidentes con refugiados en Embajadas se ha presentado con cierta frecuencia en la Cuba de Fidel Castro. Alcanzó su punto culminante en la ocupación de la Embajada de Perú y el

éxodo masivo de Mariel. Pero la dureza con la Embajada de Checoslovaquia más sirvió para denigrar a un país que fue amigo íntimo, que para dar ejemplo y disuadir de aventuras similares. Ya en el mes de julio, en vísperas de los sucesos de la Embajada de España, el Ministro de Asuntos Exteriores español, Francisco Fernández Ordóñez, hizo unas declaraciones a favor de los derechos humanos que obtuvieron una respuesta muy áspera e insultante, con caricatura incluida, en las páginas del diario *Granma*. Sin duda estaban inspiradas a altísimo nivel, por Fidel Castro o Carlos Aldana. Entonces éste era el director de orientación en el Comité Central, estrella ascendente y presunto vehículo de la *perestroika* y el *glasnot* en Cuba, de la renovación y el cambio en la élite del poder. Todo le resultó por completo diferente.

Con anterioridad ya había sido convocado por el viceministro de Relaciones Exteriores, José Viera Linares, para recibir su protesta por otras declaraciones impertinentes, esta vez del Ministro de Cultura, Jorge Semprún. Había por tanto un ambiente de antagonismo. En la noche del 11 de julio penetró en la Embajada Luis Monteagudo Rodríguez, portando un machete. El 13 de julio lo hicieron Miguel Ángel Aldana Ruiz y Eduardo Magdalena Ruiz. El primero, al parecer vagamente emparentado con Carlos Aldana, acabó colaborando con los servicios de la seguridad, si es que ellos no le comisionaron para refugiarse. El 18 de julio saltó la verja, hiriéndose en un muslo, Otoniel Pichardo Rangel, según mis informaciones el único de los refugiados que conseguiría salir del país. El 20 de julio entraron Ernesto Betancourt López, Isvani Cotilla Tápanes, Maribel Taurina López Mingolarra, su marido Sergio José Wong Sardiñas y su pequeña hija Elisabeth Wong López. Por supuesto, en todos y cada uno de los casos se informaba inmediatamente a las autoridades españolas y a las cubanas.

Por parte española la idea era que las autoridades cubanas facilitaran la salida de la isla de los refugiados, en base a razones humanitarias, se respetara su voluntad, no fueran objeto de represalias ni ellos ni sus familias y, por supuesto, no se actuara contra la inviolabilidad de la sede diplomática, dispuesta a albergar a todos por tiempo en principio indefinido. Pero la respuesta se situó en una onda muy distinta. Quizás sospechando la complicidad de la Embajada de España en el desarrollo de los acontecimientos, o la del Gobierno de Madrid en organizarlos, o al menos su complacencia por lo que estaba ocurriendo, los servicios cubanos actuaron de manera fulminante. Cuando ya se encontraban nueve refugiados en la Embajada, en la noche del 20 de julio dos oleadas de cinco y cuatro personas, penetraron violentamente en el gran salón, rompiendo y desencajando balcones. La policía que acordonaba el edificio no vio ni oyó nada.

OTRA CLASE DE REFUGIADOS

Innecesario citar sus nombres y detallar su pertenencia a los servicios cubanos. Presenciamos su entrada el Embajador Antonio Serrano de Haro, el consejero Fidel Sendagorta y yo mismo. Gente muy joven, vigorosa y de facciones duras, provista de documentos de identidad expedidos todos ellos en la misma comisaría, denominada «los fornidos» por los periodistas españoles,

vagamente pidió también un visado para España, sin mucho interés. El objetivo real de estas personas sería entrar en contacto con los refugiados, romper su voluntad y eventualmente vandalizar la Embajada, como ocurrió en la de Checoslovaquia. Por fortuna ya entonces había llegado a La Habana un grupo de geos¹ y el Palacio de los Gordon Velasco concedía muchas posibilidades, para que no fuera afectada la Embajada de España como lo fue la de Checoslovaquia, ni quedaran en ridículo refugiados y diplomáticos. Con la ayuda de los geos los fornidos fueron encerrados en habitaciones de los sótanos, preparándonos todos para una crisis que ya empezábamos a imaginar sería larga y difícil.

El embajador Serrano de Haro fue llamado a consultas a Madrid. Fidel Sendagorta y yo organizamos un sistema para que siempre uno de los dos por lo menos estuviera en la Embajada, donde incluso pasábamos la noche. No podía permitirse de ninguna manera que elementos indeseables se apoderaran de la Representación, o alteraran gravemente su funcionamiento, que entraran en contacto con los otros refugiados, ni que se desordenara un precario sistema de vida del que de manera repentina habían entrado a formar parte 18 personas más. Creo que las autoridades cubanas, al replicar con tanta dureza, siguieron el conocido método, con notoria frecuencia aplicado, de tratar una crisis a base de radicalizarla. Para que la otra parte, por mucho que pueda ser la más fuerte, se vea obligada a retroceder, por prudencia y responsabilidad.

Aunque a bajo ritmo la Embajada siguió funcionando. Los geos contribuyeron de manera esencial a mantener el orden interno, con una mayor vigilancia en el perímetro exterior, los lugares sensibles y las dependencias para el servicio al público. Se aseguró el suministro de alimentos y medicinas, y la higiene, cada día para todos los refugiados, con atención especial para controlar los movimientos de los fornidos. Todos los que trabajábamos en la Embajada nos vimos involucrados en las delicadas labores de información, intendencia y logística, en un país con graves carencias ocasionales, donde por ejemplo había que ingeniárselas cada mañana para encontrar la leche destinada a la niñita del matrimonio Wong. Constantes convocatorias, a cualquier hora, varias veces en un día, con el viceministro de Relaciones Exteriores, José Viera Linares, después purgado, o con la Directora General de Europa, Rosario Navas, después Embajadora en Bruselas y Madrid, de quienes forzosamente acabé siendo muy amigo. Cuando Rosario Navas planteó el ultimátum de retirar la protección policial exterior, lo que no llegó a realizarse, le advertí que los 90 no eran los 80, que España no era Perú y que en nada beneficiaría a nadie, en especial a Cuba, la creación de un nuevo Mariel.

No les guardo ningún mal recuerdo. Cumplían con su obligación y yo con la mía. Antes de estos sucesos tuve buenas relaciones personales y profesionales con ellos, se mantuvieron entonces y se reanudaron después. Entre colegas uno acaba compartiendo sobrentendidos, todos éramos unos don nadie y sabíamos que las aguas fétidas circulaban en otros parajes, eran activadas por

¹ GEOS: Grupo Especial de Operaciones.

otras personas. Tal vez se dieron cuenta de que yo no era el enemigo y más valdría que me trataran bien, lo que yo también advertí e hice. Incluso aparentemente lo hizo el propio Comandante. En medio de la crisis, con ocasión de la recepción del Día Nacional de Perú, en la recepción ofrecida en los jardines de la Residencia, se me hizo una indicación para que fuera a saludarle. Lo hice y le informé precisamente de que el novelista Alfredo Conde acaba de publicar unos escritos suyos traducidos al gallego. Una vez más estuvo cordial y le oí decir al despedirme, imaginando a qué se refería, «espero que todo se arregle pronto».

La tensión fue dramática hasta el 26 de julio, y claramente disminuyó a partir de la invasión de Kuwait por las tropas irakíes a primeros de agosto. Algo verdaderamente de mucha más importancia que la simple ocupación de una embajada. Entonces todos los periodistas se marcharon hacia el Golfo Pérsico, privándonos de un importante cauce para la compañía, la comunicación y el apoyo en una especie de asedio que parecía no acabar nunca. Sólo quedó en La Habana el corresponsal de la Agencia EFE, Gerardo González. En vista de que Madrid ni La Habana cedían, de que tampoco los refugiados se marchaban de forma voluntaria, de que de ninguna manera las autoridades cubanas parecían dispuestas a que abandonaran el país, de forma sucesiva los servicios cubanos se dedicaron a difamarnos, a hostigarnos y a reblandecer la voluntad de los refugiados. Por ejemplo mi casa sufrió un intento de asalto y fue vandalizado el coche. Apareció el padre de Maribel López Mingolarra, no se hablaban desde hacía años, para conminarla a salir y acusar a la Embajada de retenerla contra su voluntad. Personas con algún contacto con diplomáticos españoles como Luis Báez, Ramón Piñeiro «Barbarroja», que en paz descanse, María José López, Danilo Bartulín, Eusebio Leal Spengler, y tantos «amigos de la Embajada de España», se encargaban con frenesí en negar tal condición.

UNA CUESTIÓN HUMANITARIA ANTE TODO

Lo cierto es que, repito, por parte española que yo sepa, nadie organizó éstas operaciones de refugiados, ni preparó maniobras subversivas contra Cuba, pero tampoco se estaba dispuesto a ignorar una cuestión humanitaria y de derechos humanos especialmente una vez que se había planteado de manera tan sonora. La comprensión de todo ello, de la buena voluntad y la profesionalidad de nuestra actuación, unido al eventual temor a un escándalo internacional, habrían favorecido que las autoridades cubanas renunciaran a la utilización de nuevas medidas de fuerza. Sí continuó la labor de reblandecimiento y persuasión. El 26 de julio la Embajada apareció rodeada de gigantescos altavoces colocados, dijeron los policías, para que nadie se perdiera el discurso del Comandante en la Plaza de la Revolución. No me lo perdí tampoco yo. Me limité a tomar buena nota de todo. Nunca aplaudí, no me marché a medias del acto, aguanté hasta el final, sentado junto al Nuncio, el español Faustino Sáenz Muñoz, con el espíritu tan aliviador de lo que dijo Metternich a Napoleón; «Sire, nunca hice mucho caso de sus palabras». De todos modos la situación parecía insostenible, parecía encontrarse por completo empantanada y,

después de un discurso muy crítico con España, se imaginaban más remotas que nunca las posibilidades de que cualquiera de los refugiados pudiera dejar libremente el país, ni siquiera nuestra Embajada. El Comandante les insultó con aspereza.

Como es lógico el Régimen no estaba dispuesto a que se le discutieran sus prerrogativas sobre sus ciudadanos. Pero Madrid no estaba tampoco dispuesto a forzar ninguna solución en que no se reconocieran los deseos de los refugiados. Por fortuna el panorama pareció desbloquearse, el 18 de agosto, cuando dos de los fornidos dijeron que se marchaban por motivos de salud. En efecto uno de ellos padecía una diarrea incontenible. Apenas podía sostenerse en pie y otro fornido se ofreció a acompañarle. No volvieron. Días antes los fornidos ya se habían quejado colectivamente de la comida, la misma que recibían todos. Bajé personalmente a decirles que no eran bienvenidos, que la Embajada no era un hotel y que podían abandonarla cuando quisieran. Ninguno de los otros refugiados se quejó nunca. Por motivos imprecisos, quizás por puro cansancio, el 21 de agosto se marchó Luis Monteagudo, el que entró con un machete en la Embajada. El Comandante dijo el 26 de Julio que «no era el machete de Maceo» y le calificó de «sífilítico». Luego se hicieron circular informaciones denigrantes sobre su afición por las mujeres mayores y su ingreso en un hospital psiquiátrico.

El 22 de agosto se marcharon Miguel Ángel Aldana Ruiz y Eduardo Magdaleno Ruiz. Meses más tarde el primero intentó refugiarse de nuevo, de manera altamente sospechosa. El primero de septiembre, Otoniel Pichardo Rangel y Maribel Taurina López Mingolarra, su marido Sergio José Wong Sardiñas y la pequeña Elisabeth Wong López, que aprendió a dar sus primeros pasos durante el encierro en la Embajada. El 4 de septiembre, tres de los fornidos, así como Ernesto Betancourt López e Isvani Cotilla Tápanes. A todo lo largo del encierro se pudo comprobar que cada entrada o salida de un refugiado, se correspondía más o menos con una entrada o salida de fornidos. Tuve la maligna pero lícita satisfacción de provocar que las últimas salidas fueran recogidas por un equipo de Televisión Española que dirigía Georgina Cisqueya. Le rogué que filmara en detalle a los fornidos. Cada refugiado firmó al salir un documento en que reconocía hacerlo libremente, sin haber sido objeto de coacción alguna durante su estancia en la Embajada. Fidel Sendagorta, el conductor y un geo les acompañaban a sus residencias en un coche oficial de la Embajada.

Del 11 de julio al 4 de septiembre, por tanto, se extendió un episodio del que yo he contado lo que sé, sospechando que sé muy poco e, incluso, que me encontraba al frente de una crisis de múltiples caras e hilos desconocidos, comiendo un guiso de muchos cocineros. Toda crisis con Cuba pone siempre en tensión palancas inimaginables y voces dispares, lo que en último término se ha puesto de manifiesto en la peripecia del niño Elián. La crisis de los refugiados poco o nada habría servido para ayudarles, enrareció las relaciones con Cuba y dejó un profundo mal sabor de boca en todos los que tuvimos que actuar. No fue una excitante aventura. Me encontré más bien con un triste fenómeno de descontento y desilusión, en gentes que incluso habían perdido

la capacidad de imaginar su futuro, con graves consecuencias personales y políticas, difícil de manejar, de imposible éxito profesional, en el que, como ocurre en todo lo que se refiere a Cuba, repito, cada uno tiene su propio programa y una opinión original.

Todas las embajadas que recibieron refugiados pidieron a las autoridades cubanas, y muy en concreto a Carlos Aldana, en una reunión con los jefes de misión afectados en la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, que se les permitiera realizar los trámites para salir del país, que no fueran objeto de represalias y que se les autorizara a mantener una labor de seguimiento. No los volví a ver, ni a tener noticias. Ignoro si salieron de Cuba ni si tenían verdaderamente la voluntad de hacerlo; quizás tan sólo se metieron atolondradamente en una aventura, desconociendo que sería pasajera, desagradable y sin desenlace preciso. Con una excepción; Otoniel Pichardo Rangel, buena persona, prieto, todo un atleta. Varias veces me visitó en la Embajada. Nunca politizó su actitud, lisa y llanamente quería dejar Cuba. Me lo encontré en Madrid, residiendo en el Hostal Cantábrico. Creo que consiguió llegar a Miami.

